vacas, cabras y ovejas, contra el parecer de Galeno.

Al anochecer, nuestro médico regresaba a su hogar, cenaba un buen tazón de sopa, algo de carne de cerdo con migas y un vaso de vino de Cañamero. Esos eran los únicos momentos del día que podía dedicar a sus hijos. Allí, sentados delante de la lumbre, dejaba vagar su imaginación; les relataba historias prodigiosas, les describía extraordinarios descubrimientos, les narraba las exploraciones de países extraños, con montañas más altas que las nubes, ríos como mares y selvas impenetrables pobladas de seres infernales.

Luego, cuando sus hijos se retiraban a descansar, se sentaba en una mesa de madera, arrebujado en un mantón para protegerse del fresco serrano y dedicaba unas cuantas horas al estudio. Durante su estancia en Guadalupe, Hernández fue anotando los frutos de sus investigaciones y de sus lecturas, y con toda esa información escribió un tratado de medicina, al que se refiere posteriormente en varias ocasiones, pero cuyo manuscrito desgraciadamente se ha perdido. Lo cita en algunos capítulos de su Plinio: aliende que sería fuera de nuestro intento hazernos ya repetir lo que largamente y con distinción y claridad escrivimos en nuestra medicina y comentarios sobre los libros anatómicos de Galeno *(Libro XI, capítulo XXXVII)*

Sus trabajos en el terreno de la botánica también fueron memorables. Guadalupe poseía el mejor jardín botánico de la Península. Hernández se ocupó del cultivo de algunas plantas medicinales y de herborizar por la esplendorosa Sierra de la Villuercas, en la que el Monasterio está enclavado. En estas excursiones para catalogar las hierbas de la zona le acompañaba su hijo Juan, un muchacho inteligente y que compartía las mismas aficiones de su padre. Sus escritos están llenos de referencias a esta placentera actividad: Esto vi yo en los montes de Guadalupe, no lexos del pueblo y monasterio...*(en su Plinio, cuando habla sobre el apio. Libro XII, capítulo XV)*

Al mismo tiempo, como médico se preocupaba de formular las prescripciones más acertadas. A modo de ejemplo, basta reseñar lo que escribió más tarde en su Plinio (libro VIII, capítulo XXVII) cuando trata de la lechuga silvestre: Esta es la yerba que hoy gastan algunos boticarios con grande error por endivia. Yo evitando esto tuve muchos años ha, de costumbre ordenar en su lugar agua de chicoria o hallándome donde pudiera hacerlo (como lo hice en Guadalupe, siendo médico de aquella casa y hospital) procurar que se sembrasen copias de escarolas, que son la verdadera endivia de los antiguos y gastarla por ella. Esto también muestra su interés por definir las plantas, lo que luego le llevaría a intentar una sistematización botánica. Es curioso apuntar que, en la cita señalada, entraba en una polémica que, popularmente, aún persiste: el de no reconocer que la endibia y la escarola son la misma planta.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Crónicas. #16, 6/10/2010.